

Ridruejo, lo humano y lo tectónico

Que Dionisio Ridruejo era un gran prosista se pone de manifiesto en «Burgos», una de las «guías Destino»

Garadir reedita las guías que Dionisio Ridruejo realizó para Destino. Las divide en provincias y la que nos ocupa es la dedicada a Burgos. Esta oportunidad editorial nos debería hacer mirar al proyecto inicial. Las dieciséis guías españolas de Destino fueron una obra extraordinaria: Pla, Baroja, Fuster, Ridruejo, Peñán... Una obra de realidad desde los 40 hasta los 70. Los vencedores se quedaron con el paisaje, con el medio físico; ¿qué mejor que encargar a los mejores escritores una estricta obra de observación y anotación?

Esto hace Ridruejo con Burgos. La mirada al paisaje fue importante en su vida literaria y hasta política. No sólo en los diez años aproximados que dedicó a la guía. En su reclusión en Ronda o luego en Cataluña, el paisaje aparece como medio lírico y un modo de liberarse de idealismos rocambolescos.

La guía de Ridruejo está a medio camino entre lo personal y lo erudito. Es obra de grupo, de amigos: Chueca Goitia en lo artístico, Benet para la geología.

Literatura del yo

Se disfruta un lenguaje hermosísimo –de fondo, el romance, influencia desde niño del escritor–, el encanto de la toponimia «primaveral» («Melgar de Fernamental»), y un orden físico, muy vaciado de psicologismos: la geología impone curso al río y lo fluvial condiciona el asentamiento humano y la historia. Lo dijo Ramón Carande sobre esta obra: trata de «lo humano y lo tectónico».

Cuando Ridruejo fue jefe de Falange en Valladolid quiso ordenar la provincia «desde el partido judicial como primera unidad política». Apreciaba, al modo catalán, la comarca como base. En la guía desciende aún más: del partido a la merindad, y usa alguna vez, a la manera de Pla, el término «país» como paisaje, región.

Es bueno volver a leer a Ridruejo, gran prosista. Hito en

la literatura del yo, en el diario de guerra (¿admitiría alguna comparación jungeriana?), Ridruejo será redescubierto como paradigma: su culpable, torturado y aparatoso tránsito del fascismo a la socialdemocracia es el que media España hizo como si nada.

«Enfático y sacrificial», dijo alguien de él, pero también un ejemplo de sinceridad, la que le reconoció Madariaga, o de honradez, «su particular mecánica de la honradez», como definió su estupendo (y algo rendido) biógrafo Jordi Gracia. «No ha hecho otra cosa en la vida que equivocarse», dijo Cela.

Una mueca de ironía

Ridruejo –que en su apellido, ridruejo, redrejo, «racimo que van dejando atrás los vendimadores», llevaba el destino– fue un hombre que compuso dos himnos que prometían dos primavera distintas.

Se le dibuja al lector una ligera mueca de ironía. El sino de Ridruejo está en la propia Destino, que tanta relación tiene con este libro. Fue en Bur-

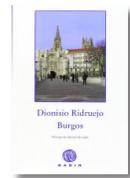
gos, ciudad del entusiasmo falangista, donde coincidieron los escritores catalanes que luego fundarían la editorial. La revista, instrumento tercerista, liberali-

zante, acabó en 1975 en manos de Jordi Pujol.

La lectura de la guía –no es sólo obra de consulta– despierta, por contagio del autor, individuo de pasión política irrimprimible, una pregunta acerca de la España interior, toda olvido y patrimonio, y otra, que quizás se puede contestar con lectura y algo de atrevimiento, sobre lo que pensaría Ridruejo, que quiso entrar en Barcelona con propaganda bilingüe y «dialogó» de verdad con el maragallismo (el de Joan), acerca del *momentum catastrophicum* actual.

HUGHES

Burgos Dionisio Ridruejo



Viajes Gadir, 2015
356 páginas
17 euros



CÓMO ÉRAMOS
Aunque volvió en 1951 y 1952, fue la España de los años 30 la que recorre V. S. Pritchett (bajo estas líneas) en «El temperamento español». A esa década pertenecen las fotografías que reproducimos a la izquierda (zapatería de Madrid) y abajo (niñas en la playa de Barcelona)



A Pritchett le pudo la curiosidad

El misterio del alma de nuestro país, eso fue lo que consiguió atrapar V. S. Pritchett en «El temperamento español». Su principal mérito: un relato (o retrato) alejado de los tópicos

Sorprendentemente muy poco publicado en España, a pesar de haber sido uno de los mejores y más influyentes autores durante décadas en el panorama de las letras británicas, V. S. Pritchett (1900-1997), o VSP, como a él mismo le gustaba llamarse, firmó cuarenta volúmenes de relatos (en 1982 aparecieron sus *Collected Stories*), ensayos y biografías de escritores (Turguénev, Balzac, Chéjov), libros de viajes y una autobiografía de culto dividida en dos volúmenes (*A Cab at the Door*, de 1968, y *Midnight Oil*, de

1971). Estaba considerado como el mejor autor de relatos de su época, así como uno de los mejores críticos y periodistas culturales, director literario durante años del *New Statesman*, además de colaborador asiduo del *New Yorker* y del *New York Review of Books*.

Admirado por gran número de escritores –entre ellos Martin Amis, que le dedicó entusiasmas y excelentes retratos, como el que se incluye en *Visitando a Mrs. Nabokov* (Anagrama)–, Joyce Carol Oates dijo de él que era «uno de los pocos cuya crítica literaria podía clasificarse como arte». Figura de enor-

me celebridad a la que todos consultaban y tenían en cuenta, desde una y otra orilla del Atlántico, su amigo Hitchcock recurrió a él para colaborar en el guión de *Los pájaros*.

Amor casi infantil

Publicado por primera vez en 1954, *El temperamento español* resume varias décadas de viajes, estancias dilatadas y un buen número de lecturas de algo que, sin considerarse un hispanista, como Gerald Brenan, poco tenía que enviarle al autor de *El laberinto español* y a otros. A los 23 años Pritchett visita por primera vez nuestro



FOTOS: COLECCIÓN ABC

país y reside en él durante dos años, en calidad de corresponsal del *Christian Science Monitor*. Como explica, existía un amor previo, casi infantil, por España: a los 12 años había escrito cien páginas de una novela sobre la caída de Granada. Desde entonces, y hasta 1935, no dejó de venir. Pensaba no volver más pero, como confiesa en la introducción, «la curiosidad» le pudo y regresó en 1951 y 1952, encontrando un país «en apariencia muy cambiado, repleto de turistas, pero en lo fundamental inalterado». Siempre mantuvo que la Guerra Civil era consecuencia de la propia His-

toria de España, de su temperamento, y no un conflicto ideológico internacional. Al comienzo de su texto asegura: «Fui afortunado al estar en España en una época en la que la mayoría de los miembros de la famosa Generación del 98 se hallaba en plena madurez, así como poetas como Machado, Juan Ramón Jiménez y el joven Lorca [...] Me reeducaron y me liberaron del simplista concepto norteamericano de la llamada "leyenda negra", del fanatismo español, de las ilusiones románticas de la España de Carmen hecha de "sangre y toros" y de su rápida decadencia; una le-

yenda, hasta cierto punto, propaganda de los estados protestantes triunfadores».

Rindiéndole homenaje a su amigo Brenan («nadie conoce el país mejor que él»), alejado de la ideologización de arrepentidos del comunismo como George Orwell, y sin meterse en honduras de la política que regía en la España de Franco, aunque reconoce que el cínico juego de intereses internacionales la mantuvo e hizo no pocas veces posible («A Franco se le permitió ganar porque los franceses, ingleses y americanos temían a Hitler y Mussolini, y ahora sobrevive gracias al temor a la agresión rusa»), el de Pritchett es el relato de un amante entregado. Lo dijo muchas veces: «Entre todos los países que he conocido, España es el que me ha causado mayor impresión. Ahí se revela la vida al desnudo, todas las ansias vitales se manifiestan con crudeza [...] España fue mi primera universidad y me cambió la vida».

Conversación de café

De Irún y San Sebastián, pasando por Burgos, Ávila, Madrid, El Escorial, Sevilla y Granada, Almería, Murcia y Valencia, hasta llegar a Tarragona y Barcelona, con citas frecuentes de Unamuno, Galdós, Azorín, Menéndez Pidal, Marañón, Santa Teresa, Ignacio de Loyola, Tirso de Molina o Zorrilla, el viaje de Pritchett, alejado de tópicos, es el de un buen conocedor de la Historia y la cultura españolas. Alguien que intenta atrapar en cualquier detalle el misterio del alma española que ha frecuentado desde muy joven, con amigos de la izquierda y la derecha, con intelectuales y gente corriente con la que entabla conversación en cualquier café. Con los de dentro y también con los de fuera de sus fronteras, desde Montpellier a San Juan de Luz y Bayona, donde se tropieza sin cesar «con algo profunda e inquietantemente española: los exiliados. Mucho antes que la Europa de los años 30 o la Rusia de comienzos del siglo XIX, el gran productor de exiliados ha sido España, un país incapaz de tolerar a su propia gente».

MERCEDES MONMANY

El temperamento español V. S. Pritchett Viajes



Trad.: Ramón Gatopardo, 2015
170 páginas
19,95 euros
E-book: 9,99 euros

Schwob: todas las máscaras

Entre la perversidad de Baudelaire y el encanto narrativo de Stevenson: justo ahí se sitúan los cuentos de Schwob

Todo en un tomo. El rostro color rojo cinabrio de Marcel Schwob sobre un fondo verde jade. Unas cubiertas de tacto céreo, intrigante. Una cinta de seda verde para marcar el progreso de la lectura. Jugosas, útiles notas a pie de página, justo donde deseamos consultarlas. Una magnífica traducción de Mauro Armiño, verdadero asceta y héroe del oficio de traductor. La obra narrativa completa de un autor raro y admirable.

Marcel Schwob estaba enamorado de la antigüedad y muchos de sus cuentos surgen de su pasión por el mundo grecolatino y la época de las Cruzadas. Fue un gran estudioso del poeta François Villon, del que escribió una biografía erudita, y a través del cual se obsesionó

por el estudio de la lengua de germania, que tiñe también muchos de sus relatos. Fuera de todas las tendencias literarias al uso, Schwob no es ni realista, ni naturalista, ni simbolista, ni parnasiano, aunque podríamos relacionarlo, si nos esforzamos, con el mundo decadentista y con las corrientes del naturalismo espiritualista.

Veta de emoción

Su originalidad, sin embargo, está en haber encontrado un territorio propio que combina la voluptuosidad simbolista con una voluntad constructiva y una austeridad formal seguramente heredadas de su admirado Stevenson, a lo que hay que añadir una fundamentación erudita o histórica en muchos de los relatos, que a menudo utilizan el tono contenido y ordenado del *cursus* clásico. La literatura de Schwob, con su maravillosa mezcla de imaginación y de control, de historia y de magia, parece recoger lo mejor de diferentes corrientes literarias, y su lectura produce una extraña sensación de placer.

Algunos de los relatos de Schwob entran en el territorio de la ciencia ficción: por ejemplo, «El horror futuro», último

relato de *Corazón doble*, o «Las embalsamadoras», de *El rey de la máscara de oro*, un relato situado en un mundo tan fantástico que podría evocar un pasado remoto o un remoto futuro. «El rey de la máscara de oro» es el relato de un rey que se cura de la peste, y abre una veta de emoción e incluso sentimentalismo en la narrativa de Schwob que es, creemos, rara en los escritores de la época, más dados al cinismo y al malditismo.

Pequeña prostituta

Muchos de sus relatos son muy breves, como los de *Mimos*, por ejemplo, o los de *La cruzada de los niños*. Pero hay dos libros que destacan sobre todos los demás por su belleza y por su originalidad asombrosas. El primero es *El libro de Monelle*, una obra extraordinaria, delicadísima, visionaria. Monelle es una pequeña prostituta, una niña, pero también una especie de mujer sabia cuyas reflexiones llenan páginas deslumbrantes. Los libros de Schwob están llenos de frases únicas que uno desea copiar y recordar, por su

belleza, por su inteligencia, a menudo por ambas razones. El libro es también una defensa apasionada del mundo de la infancia y de una sociedad donde no sea necesario trabajar.

El otro libro es, desde luego, *Vidas imaginarias*. Pintores, filósofos, piratas, buscadores de tesoros, magos, hetairas, herejes, algunos bien conocidos (Lucrecio, Paolo Uccello), otros casi desconocidos, aunque todos con base histórica, componen esta sucesión de obras maestras. Lean, por ejemplo, el primer párrafo de «Cyril Tourneur, actor trágico» y sucumbirán al verbo asombroso de Marcel Schwob. Toda la perversidad sensorial de Baudelaire y todo el encanto narrativo de Stevenson. Una *rara avis*. No se lo pierdan.

ANDRÉS BÁÑEZ

Cuentos completos Marcel Schwob



Ed. y trad. de Mauro Armiño. Páginas de Espuma, 2015
738 páginas
35 euros